

Mélanges de la Casa de Velázquez

Nouvelle série

50-1 | 2020

Genre, sexualités et démocratie

Actualité de la recherche

Débats. La presencia de lo ausente

Presentación. La presencia de lo ausente

Fragmentos para un debate entre historia y memoria

JESÚS IZQUIERDO MARTÍN ET JOSÉ JAVIER DÍAZ FREIRE

p. 263-267

<https://doi.org/10.4000/mcv.12881>

Texte intégral

- 1 Que el concepto memoria se haya colocado entre las categorías más relevantes para ciudadanos interesados o preocupados por el pasado es quizá uno de los acontecimientos intelectuales más relevantes de las últimas décadas. En España, han sido los movimientos memoriales relacionados con la guerra de 1936, el genocidio franquista y las exhumaciones de fosas comunes de la represión los que han propiciado la eclosión del concepto: su utilización pretende reivindicar la democratización del conocimiento histórico más allá del mundo académico como forma de elaborar el trauma dejado por la dictadura. A partir de su aparición en la esfera pública, los libros o artículos escritos por profesionales han ido incorporando el concepto memoria, como si la categoría historia estuviera siendo afectada por algún tipo de obsolescencia. Ahora bien, el tenue debate teórico que ha provocado este *boom* de la memoria entre los académicos españoles tiene que ver sobre todo con la respuesta defensiva que ha provocado en la historiografía: ¿se trata, como algunos historiadores sostienen, de una moda pasajera aparecida en estas últimas décadas que terminará disipándose? O más bien, el surgimiento de la categoría es síntoma del advenimiento de otros actores que han ocupado un lugar legítimo en la enunciación del pasado, un espacio que desestabiliza la función tutorial de la disciplina histórica? El debate se articula pues a partir de un inesperado desafío al monopolio de la historia disciplinada, de un reto por la democratización de conocimiento histórico, de una provocación por expandir el

carácter público del saber en relación con el ayer. Discutir desde distintos puntos de vista esta incursión de la memoria en el terreno acotado de la historia es la razón de la convocatoria que ha producido este dossier.

- 2 Una de las cuestiones que sobrevuelan el dossier es si el surgimiento de la categoría *memoria* obedece solo a un furor pasajero desatado en las sociedades afectadas por traumas y violencia o si el concepto ha venido para quedarse. En principio, parece que su eclosión está relacionada con la violencia propia del oscuro siglo xx y con trayectorias intelectuales y dinámicas políticas que han perturbado la fortaleza científica de la historiografía moderna. La centuria pasada experimentó un largo y violento periodo de descreimiento de las optimistas filosofías que la modernidad elaboró durante el siglo xix con el objeto de sustituir la temporalidad lineal y estática con la que la pre-modernidad, de inspiración cultural sagrada, conjuró el tiempo histórico. Los trabajos del historiador Reinhart Koselleck y del sociólogo Zygmunt Bauman, por citar algún ejemplo, han puesto de manifiesto este sesgo iracundo de la modernidad. La centuria concluida hace dos décadas dejó un reguero de traumas en poblaciones que experimentaron la quiebra de aquellas joviales experiencias pasadas y expectativas futuras. Ni Europa en la primera mitad del siglo ni Latinoamérica en su segunda mitad fueron ajenas al asesinato colectivo en tiempos de guerra y paz de la mano de totalitarismos y dictaduras, envites que produjeron millones de víctimas. Ahora bien, hasta el último tercio del siglo pasado, muchas de esas víctimas no recibieron reconocimiento como tales a pesar de haber experimentado un trauma que no logró ser verbalizado porque sus casos, al no ser judicializados, no lograron ser testificados públicamente. Y para muchos ciudadanos afectados por la desafección de los estados o por la impunidad de los victimarios, los profesionales de la historia no han estado a la altura políticosocial del momento, sin participar responsablemente en la exigencia de que las instituciones públicas —entre ellas, universidades y academias— intervengan en la elaboración del trauma. La memoria, para las víctimas, ha sido un concepto clave con el que legitimar su intervención en la producción y distribución de relatos históricos. En cambio, para la mayoría de los historiadores, los testimonios de víctimas solo han sido material de archivo de sus investigaciones.

- 3 Otro tema sobre el que cabe reflexionar a través de este dossier es si la memoria y la historia comparten la misma fenomenología: parece más bien que si la historia es una convocatoria del pasado desde el presente, la memoria es la irrupción del pretérito en el hoy. La disciplina histórica entonces no controlaría el recuerdo o el olvido, aunque pudiera modelarlo a través de su relato. La historia crearía memoria, pero no la hegemonizaría. Es más, el pasado tiene la capacidad de alojarse como experiencia, incluso en quien no lo ha experimentado; por ejemplo, en los descendientes de quienes han vivido una situación traumática y que, sin embargo, la hospedan como si fuera vivencia propia. A esta cuestión remite el concepto de postmemoria elaborado por la profesora de la Universidad de Columbia Marianne Hirsch. Además de esta diferencia fenomenológica, hay otra distinción que podría resultar relevante en el desafío que ha desplegado la memoria: siguiendo la terminología del filósofo alemán Ludwig Wittgenstein, historia y memoria no emplean el mismo juego de lenguaje: la historia se somete a las reglas de la intervención probatoria de sus lectores y oyentes, quienes asumen el derecho de solicitar la documentación que legitima el enunciado. El historiador, por tanto, está obligado a entregar lo requerido. Sin embargo, la memoria tiene otras reglas según las cuales, habitualmente, solo el sufrimiento testimoniado por la víctima o sus allegados garantiza la verosimilitud de lo expresado. Estas distinciones de carácter «lúdico» trascienden la simple diferencia epistemológica entre historia y memoria, siendo cruciales para sus respectivas formas de «construir» la verdad.

- 4 La eclosión del concepto memoria debería pues alentar la reflexión intelectual entre los historiadores. Es más, su aparición tiene también fuertes consecuencias políticas para la disciplina y para el conocimiento sobre el pasado como historia pública. Si la memoria es irrupción del pasado en el presente, entonces es difícil que ese pretérito pueda ser hegemonizado por la historia profesional, una historia disciplinada que más bien ha ido a rebufo del surgimiento de la memoria como categoría relacionada con la democracia interpretativa. En una sociedad crecientemente pluralista, resulta imposible que los ciudadanos solo dialoguen sobre su presente y futuro dejando al

margen su propio pasado. Los ciudadanos no son meros receptores del relato producido por el profesional; son también operadores de la narración, ya sea como sujetos con memoria, ya sea como actores de la historia.

- 5 Ciertamente es: el historiador es un actor necesario de la interpretación del pasado por cuanto, se supone, controla recursos intelectuales —teorías, conceptos, temporalidades, métodos— que deberían ser puestos al servicio de los ciudadanos. Es algo más complejo que suministrar datos. Se trata de facilitar una «caja de herramientas» conceptual cuyo uso evite la naturalización de las sociedades que habitamos, como si estas fueran continuidades permanentes entre el pasado y el futuro, como si el pasado no fuera un lugar extraño que nos invita al extrañamiento de nosotros mismos. Pero el objetivo es asimismo soslayar la tentación de colonizar el pasado con un discurso atado a la «buena memoria», como denuncia el historiador Ricard Vinyes. Este dossier es, en este sentido, una invitación a garantizar la discordancia, la producción de relatos múltiples por parte de actores diversos. Renunciar al pluralismo interpretativo es un objetivo solo posible desde la negación de la democracia. Los historiadores lo sabemos por nuestra propia historia: en nuestra pequeña disciplina, no paramos de construir relatos atravesados por identidades y posiciones políticas cambiantes que hacen de nuestras narraciones imperfectos que nunca se completan. En suma, la capacidad poética, creativa, casi siempre reprimida, del historiador es consustancial a su propio oficio como, por su parte, es ineludible para los ciudadanos.
- 6 También lo es la revisión constante de sus procedimientos a la luz de los cambios que se operan en la sociedad y como resultado de la interpelación proveniente de otras disciplinas. El conjunto de artículos que componen este dossier es buena prueba de esa capacidad productiva de la historia cuando se articula en diálogo con los ciudadanos, cuando hay temas comunes y posiciones diversas que permiten ofrecer un panorama provocativo sobre la relación entre memoria e historia. Las tres intervenciones que se presentan en primer lugar abordan el tema desde una perspectiva más general, mientras que las cuatro restantes lo ilustran con un caso particular. En suma, todas ellas plantean reflexiones muy pertinentes sobre historia y pasado, y tienen amplias repercusiones tanto teóricas y metodológicas como políticas.
- 7 El dossier se abre con la constatación de que vivimos tiempos de memoria y con la voluntad de Pedro Ruiz de dar cumplida cuenta de un cambio cultural tan significativo a pesar de la brevedad que los coordinadores hemos exigido a todos los participantes. En su opinión, lo sustantivo del período actual no sería tanto la importante presencia de la memoria en nuestra cultura, como el hecho de que responde a un nuevo tipo de discurso sobre la memoria; de acuerdo con este discurso, el pasado traumático se ha de mantener vivo en el presente porque de ello se derivan efectos positivos sobre la comunidad. Como concluye Ruiz Torres, en nuestra cultura una parte del pasado tiene «la doble condición de pasado histórico y de pasado presente».
- 8 También Marie-Claire Lavabre reconoce la memoria como una forma de hacer presente el pasado y, como Pedro Ruiz, parte de la omnipresencia de la memoria en la cultura contemporánea. Para analizar ese fenómeno, realiza un repaso de tres de las concepciones sobre la memoria que más influencia han tenido en las ciencias sociales y las humanidades, la de los «*lieux de mémoire*» de Pierre Nora, la del «*travail de mémoire*» de Paul Ricoeur y la de los «*cadres de mémoire*» de Maurice Halbwachs, para concluir que, a pesar de sus diferencias, no son necesariamente incompatibles: representan distintas construcciones de la memoria. Su trabajo finaliza proponiendo que la importancia actual de la memoria, y sobre todo de la memoria colectiva, debe ponerse en relación con la preeminencia de lo emocional sobre lo político, y sugiriendo la distinción analítica entre «*mémoire*» y «*souvenir*».
- 9 El trabajo de Elizabeth Jelin aborda la cuestión de la actualidad de la memoria, pero lo hace reflexionando sobre la propia temporalidad del conocimiento del pasado. Parte de una constatación importante: la memoria supone la reunión de las tres modalidades del tiempo —el pasado, el presente y el futuro—, en lo que denomina un escenario «confrontativo». La memoria tiene así múltiples temporalidades —histórica, académica, biográfica, etcétera— que explican la distinta valoración de los hechos del pasado en cada momento histórico. Propone a modo de ejemplo reparar en que hasta fechas recientes la violación como forma de represión política no se analizaba

atribuyéndole un contenido de género específico, sino que se subsumía dentro de las prácticas de la tortura.

- 10 El caso planteado por Jelin parece obedecer al imperativo enunciado al inicio de la intervención de Miren Llona: tanto la historia como la memoria «necesitan ser intervenidas en un sentido feminista». Para defender su propuesta, que es la de que la memoria del movimiento feminista forme parte del acervo del conjunto de la sociedad, continua el diálogo ya iniciado en estas páginas con autores como Nora y Halbwachs y termina proponiendo un lugar de memoria en torno al 8 de marzo y otro dedicado a la Eliminación de la Violencia contra la Mujer. El objetivo de esas acciones es la restitución de las víctimas de la violencia sexista y no es difícil hallar en todo ello la voluntad de resaltar ese vínculo emocional con el pasado que señalaba Lavabre y que también había apuntado Ruiz.
- 11 El artículo de Antonio Míguez coincide con Llona en que la monumentalización del pasado, además de otros posibles significados, forma parte de las estrategias de la justicia transicional y entraña una forma de reparación, aunque él lo refiere al fenómeno del genocidio. Hace primero un repaso, partiendo de Raphael Lemkin, de la extensión del concepto de genocidio, desde su asociación inicial con el holocausto judío a la destrucción de distintos grupos humanos, para trazar después unas reflexiones muy actuales sobre el Valle de los Caídos.
- 12 Podríamos decir que Francisco Ferrándiz las continúa, pues inicia su texto refiriéndose a la recomendación de la exhumación de Franco por la Comisión de Expertos para el Futuro del Valle de los Caídos de la que formó parte, pero extiende su mirada sobre el conjunto de acciones del movimiento memorialista contemporáneo, a partir de sus investigaciones sobre las exhumaciones de civiles republicanos ejecutados durante la Guerra Civil. Nos introduce así en lo que denomina la «controversia memorial» y que se refiere al debate social y político sobre la memoria de la Guerra Civil y el franquismo.
- 13 Una forma muy particular de memoria del franquismo y de resistencia al mismo la ha encontrado Germán Labrador en la «desasosegante obra de arte del paisaje» desarrollada por José Meijón en la localidad pontevedresa de Marín. Su texto, que cierra el dossier, se esfuerza en interpretar y recordar ese «arte de petroglifos de vanguardia» al que considera parte de la memoria de su comunidad como un «poderoso escondite» lleno de «sentir político» por más que hubiera sido realizado desde una posición de marginalidad. Duplica así el ejercicio de rescate de la memoria que ya contenía la propia obra analizada.
- 14 Siete textos, procedentes de un intenso diálogo previo entre especialistas y ciudadanos, que permiten hacer frente, aunque siempre de forma provisional, al desafío creado por la memoria. Sin duda, la memoria o, mejor dicho, *las* memorias son provisionarias, maleables. No obstante, ¿es que acaso el relato de la historia lo ha dejado de ser alguna vez? Si pretendemos reconocer la humanización del pasado desatada por la eclosión de la memoria habrá, en suma, que dar cuenta de ese carácter proteico que se proyecta en cada una de las interpretaciones que hacemos del ayer. Como los relatos sobre el hoy y el mañana, las narraciones sobre el ayer son transitorias, casi fugaces, dependen de las identidades colectivas, de las sensibilidades generacionales y culturales. La eclosión de la memoria, con su defensa de la participación ciudadana en el conocimiento del pasado, ha desatado importantes reflexiones entre algunos historiadores. Es hora de hacerse cargo de alguna de ellas.

Pour citer cet article

Référence papier

Jesús Izquierdo Martín et José Javier Díaz Freire, « Présentation. La presencia de lo ausente », *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 50-1 | 2020, 263-267.

Référence électronique

Jesús Izquierdo Martín et José Javier Díaz Freire, « Présentation. La presencia de lo ausente », *Mélanges de la Casa de Velázquez* [En ligne], 50-1 | 2020, mis en ligne le 15 mars 2020, consulté le 08 avril 2021. URL : <http://journals.openedition.org/mcv/12881> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/mcv.12881>

Auteurs

Jesús Izquierdo Martín

Universidad Autónoma de Madrid

José Javier Díaz Freire

Universidad del País Vasco UPV/EHU

Droits d'auteur



La revue *Mélanges de la Casa de Velázquez* est mise à disposition selon les termes de la Licence Creative Commons Attribution - Pas d'Utilisation Commerciale - Pas de Modification 3.0 France.